

## Recensión del libro *Cultura de Terry Eagleton*

Raúl Chaves Murillo  
Universidad Técnica Nacional; Alajuela, Costa Rica.  
rchaves@utn.ac.cr  
<https://orcid.org/0000-0002-9955-7700>

### Referencia/ reference:

Chaves, R. (2020). Recensión del libro: *Cultura de Terry Eagleton*. *Yulök Revista de Innovación Académica*, 4 (2), 114-116.

Hay quienes suelen desesperarse con algo —en apariencia tan banal— como intentar desatar un nudo; máxime, si se requiere resolverlo con urgencia. El lío empeora si se tiende a jalar abruptamente los extremos en cuestión. La mayoría desiste en el desamarre, o va en busca de alguien con la suficiente intuición hurgatoria, para deshacer el enredo. Ese podría ser, Terry Eagleton.

Dispuesto a no rendirse ante los nudos sociales y reacio a las generalizaciones superfluas, evita parcializar, aquello que, en su complejidad, se nos tiende a mostrar como entretejido, anudado. Este es el autor del libro “*Cultura*” (Penguin Random House Grupo Editorial, Traducción de Belén Urrutia, 2017).

Aproximándose desde múltiples perspectivas, este escritor británico, separa y analiza en profundidad diversas nociones de eso que llamamos “cultura”. Y lo hace consciente de que, para comprender este “nudo”, es necesario conocer en paralelo cuáles son los tensos hilos que lo configuran y que han dado lugar a muchas confusiones e interpretaciones. Así, destaca en el **primer capítulo**, cuatro grandes significados que se le atribuyen, a continuación:

- 1) un corpus de obras intelectuales y artísticas,
- 2) un proceso de desarrollo espiritual e intelectual,
- 3) los valores, costumbres, creencias y prácticas simbólicas en virtud de los cuales viven hombres y mujeres y 4) una forma de vida en su conjunto (p. 13).

Con tono incitante y cargado de astucia argumentativa, Eagleton enhebra al lector con su lenguaje didáctico. De manera ingeniosa y sin complicaciones, problemati-



za las interconexiones, traslapes y limitaciones que suelen suscitarse entre estos significados. Su desarrollo relajado y cercano, acompañado de múltiples ejemplos de la vida cotidiana, es complementado con una fina ironía que facilita la apertura del tema, sin titubear. En palabras de Eagleton: “la cultura se refiere menos a lo que hacemos que a cómo lo hacemos” (p. 17).

Este crítico literario demuestra cómo en la medida en que la noción de cultura pretende ser restringida o delimitada en su contingencia, explota y se desborda en sus posibilidades. “No hay sociedades “integradas”, en el sentido de so-

ciedades eximidas de conflictos y contradicciones” (p. 19), con ello sugiere estar frente a un concepto “vivo” y, en constante desarrollo, lo cual evidencia su condición cambiante.

En el **segundo capítulo**, Eagleton cuestiona que, desde la pluralidad cultural, se posicionan conceptos (no pocas veces aceptados acríticamente) que resultan convenientes para diversos intereses en busca de su legitimidad. Desde esta perspectiva, el historicismo crítico y el materialismo, como herramientas comprensivas contextuales, son utilizadas por el autor a lo largo del texto para poner en discusión los usos culturales de los términos examinados.

El factor de lucha de clases toma presencia, se revela la imposibilidad de ahondar en las diversas acepciones del concepto cultura, desligándola de los modos de producción y las relaciones de dominación.

Precisando con minuciosidad los movimientos recurrentes y sus polaridades, no duda en ser combativo con lo que él llama la “doctrina del culturalismo” impulsada por el posmodernismo. Señala su complicidad en procesos que convierten la cultura en una especie de fármaco de efecto amnésico, que difumina la necesaria observación de los conflictos sociales contemporáneos.

Por esto mismo acusa abiertamente el discurso de los llamados estudios culturales y manifiesta que “el interés por el pluralismo, la diferencia, la diversidad y la marginalidad ha dado frutos valiosos, pero también ha servido para desplazar la atención de cuestiones más materiales (...) la cultura se ha convertido en una forma de no hablar sobre el capitalismo, (...) el culto a la inclusión contribuye a ocultar esas diferencias materiales” (p. 49).

Con este gesto, el de deshilar aquello que se mueve de forma inconsciente en la cultura, avanza Eagleton hacia el **tercer capítulo**. Aquí explora la relación poder-hegemonía-cultura, y lo hace a partir de uno de sus elementos aglutinantes: la ideología, entendida como lo que denota “valores y prácticas simbólicas que en un momento dado están siendo empleados para el mantenimiento del poder político” (p. 67), con el fin de transformarlo en cultura, “disuelto en la textura de nuestro comportamiento cotidiano” (p. 81).

Pese a este escenario que podría parecer sombrío, Eagleton aprovecha para hacer una observación significativa: “la cultura no siempre es un instrumento del poder. También puede ser una forma de resistencia” (p. 69).

Este tironeo de la cultura es problematizado por Eagleton, con lo cual recurre a diversos pensadores y escritores (Marx, Burke, Herder, Eliot, Williams), para entretejer los diferentes intereses sociohistóricos a los cuales cada uno de ellos busca dar respuesta. Aquí nuestro autor nos muestra esa capacidad nómada que le permite establecer puentes entre lo analógico y lo digital. Bajo una estrategia en la que muta de un espacio-tiempo a otro, como un hipervínculo, Eagleton salta de una historicidad a otra, conecta aquello que puede potenciar la profundización de los temas que pone en discusión. Como buen desatador de lo complejo, nunca pierde de vista la relación entre las partes y el todo del “nudo”.

En el **cuarto capítulo**, ahonda en la cultura como espacio interpretativo contradictorio, de apariencias y ficciones, a partir de la figura de Oscar Wilde. Para Eagleton, es

preciso aplicar el extrañamiento como estrategia comprensiva. La marginalidad, aquí entendida como ese desplazamiento que permite amplitud de mirada, coloca a la cultura también como posibilidad de liberación.

La disputa de intereses convierte a la cultura en un territorio en conflicto, donde tiene cabida tanto el “yo” como el autoplagio, el espejo y la propaganda; el individualismo de doble vía que puede orientar no solo al altruismo como fachada del egoísmo, sino también a la autorrealización colectiva. Las tensiones, entre elitismo y socialismo, gratificación y castigo, ocio y trabajo y la circulación de ideas desafiantes, abren la puerta tanto a la utopía cultural de propiciar “espíritus libres” (p. 126), así como a una nueva forma de producción de masas.

Hacia el **capítulo quinto** y último, la rigurosidad del crítico literario pone de manifiesto el dilema de la cultura, desde una perspectiva de la influencia del industrialismo y la tecnocracia, en donde somete a cuestionamiento las capacidades de adaptación promovidas culturalmente en los seres humanos como forma de vida.

Eagleton no es un autor complaciente que se quede en una visión romántica o teológica de la cultura, antes bien nos deja muy claro los cambios drásticos que nos hemos autogenerado. En este sentido podría resultar incómodo, ya que no tiene reserva en señalarnos como “una sociedad inorgánica ha mutilado nuestra humanidad común, mientras que los modos mecanicistas de pensamiento han expulsado al exilio a la imaginación creativa” (p. 128). Esta situación le interesa, ya que considera que la cultura puede ser movilizadora de la imaginación y esta es la que “nos permite vislumbrar posibilidades alternativas al presente” (p. 128); es la forma en que podríamos recuperar el ser agentes de nuestra propia historia para superar la fragmentación y el aislamiento en el que nos hemos recludo.

En este sentido, la idea de cultura, no tomada en forma ingenua, ni como cómplice del poder, sino autocrítica, cercana y presente en la cotidianidad, se convierte en un impulso revolucionario, en un instrumento para la transformación social que debemos activar desde una búsqueda de la autorrealización y de la libertad, que desafíe el sistema imperante y asuma el principio de colectividad solidaria.

En el desenlace del libro, Eagleton nos muestra su giro innovador en sus conclusiones. Su acción principal consiste en abordar la cultura desde una noción relacional

del término. Por lo que reposiciona la cultura en el marco tensional del capitalismo contemporáneo, hace visible la instrumentalización de ese concepto como estrategia que intenta desplazar los estragos de la sociedad de consumo y el utilitarismo individualista.

El que la cultura se mueva en un ciclo que no alcanza a cerrarse, en una dinámica de mutación constante, no es un obstáculo para construir un ejercicio crítico-comprensivo de su complejidad. Epistemológicamente, afrontar la cultura, como desafío y no como renuncia frente a su supues-

ta ambigüedad, es lo que Eagleton asume y, creemos que lo hace acertadamente. De tal manera que recomendar su lectura es convocar a ser partícipes de una experiencia retadora, capaz de implicarnos en sus atractivas y necesarias provocaciones.

### Referencia:

Eagleton, T. (2017). *Cultura*. Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.